

Daniel Jerez

EL PASADO NUNCA
NOS OLVIDA



MAEVA | NOIR

*A María, Aitana, Bruno y Mar, vuestra luz me envuelve.
A Rafael Palao y Manuel Caro, por vuestras sonrisas eternas.*

Los escenarios de la novela



¿Cuál es la razón de que estés encadenado? —le preguntó Scrooge, sin dejar de temblar.

—Arrastro la cadena que forjé en vida —contestó el fantasma—. Yo mismo la construí, eslabón a eslabón, metro a metro. Me la ceñí por voluntad propia y cargo con ella de forma voluntaria.

Un cuento de Navidad

CHARLES DICKENS

1

El Prat de Llobregat
Martes, 19 de noviembre de 2002

HIERRO, TIERRA Y huesos.

Aquellos tres elementos se mezclaban de forma natural en los escombros que iba dejando la excavadora; una simbiosis eterna si no fuera por la actuación del hombre. Su destino era reposar bajo tierra años y años, sin que nadie diera con ellos. Caídos en el olvido.

Lo cierto es que la historia no era un secreto, tan solo era necesario localizar el lugar con un propósito. Y ese era la construcción de la tercera pista del aeropuerto de El Prat de Llobregat, en el marco del llamado Plan Barcelona. La pista debía transcurrir paralela al mar y estaría situada entre las lagunas del Remolar y la Ricarda.

Hacía tiempo que un monolito indicaba el lugar donde un caza Messerschmitt BF-109 alemán se había estrellado, hundiéndose en el fango sin dejar rastro. El siete de diciembre de 1940 Eduardo Laucirica Charlen emprendió un vuelo de exhibición con aquel flamante aparato; realizó un picado y, tras perder el control del avión, se estrelló contra el terreno fangoso que en aquellos tiempos rodeaba el aeropuerto. Cuando el equipo de rescate llegó a las marismas, no encontró ni rastro del avión ni del piloto.

Sesenta y dos años después, ante la atenta mirada de un grupo de espectadores, el caza volvía a salir a la superficie, y nadie intuía lo que iba a revelar el amasijo de metal y cristales, los secretos y delitos que habían quedado impunes bajo el lodo.

Los presentes miraban atónitos cómo el brazo de la excavadora perforaba el suelo para dejar al descubierto los restos que habían permanecido ocultos durante tanto tiempo. Y no eran pocos. La expectación que se había creado en El Prat era máxima. Ignacio Puente, el alcalde, se mantenía en primera línea, con un bigote poblado como el de una morsa y una gran barriga que le sobresalía del pantalón, ansioso por aparecer en las imágenes de los medios, que mal contados debían sumar una docena. Algo de por sí llamativo en un municipio en el que todas las noticias estaban relacionadas con el aeropuerto. En el lugar también se encontraban funcionarios del Juzgado de Guardia de El Prat, responsables de la recuperación y del traslado de los restos óseos. Algo apartados, estaban los especialistas del Ejército del Aire, que evaluarían los restos del avión y darían parte de todo lo extraído. El comisario Alberto Serras, junto a tres agentes, se encargaba de acordonar la zona y de evitar la presencia de curiosos. Y, por último, Óscar Laucirica, sobrino del piloto fallecido.

Sebastián Acosta se frotaba las manos en un intento por mitigar el frío. Cuando el operario avisó del hallazgo, eran las once de la mañana, y llevaban ya dos horas observando cómo la excavadora abría una zanja considerable.

Vidal Bonet no pudo reprimir el gesto de acercarse para ver lo que la pala había desenterrado de la memoria del pasado.

—¡Ojo, no te vayas a caer!

Vidal se giró cuando oyó la voz de Sebastián, que sonrió al ver a su amigo con la mirada perdida, consciente de que la excitación lo embargaba de tal manera que era incapaz de articular palabra. Se frotó la calva con la mano para proporcionar algo de calor a la despoblada zona. Alto y muy delgado, parecía que le faltara agilidad para moverse, aunque en su día había sido un gran jugador de baloncesto.

La excavadora depositó en el suelo un gran montón de tierra y un amasijo de hierro oxidado. Los presentes miraron aquel objeto con el ceño fruncido, como si fuera parte de una nave extraterrestre.

—Son restos del tren de aterrizaje —dijo Vidal, incapaz de ocultar la emoción que le generaba la visión de aquella parte del caza nazi.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Sebastián algo desconfiado.

—¿Te recuerdo que soy responsable técnico del almacén del Sector Aéreo de El Prat?

—No, gracias, ya lo tengo presente. —Extrajo un cigarro del paquete que llevaba en la chaqueta, lo prendió y dio una calada profunda.

—Fumas demasiado.

—Sí, eso también lo sé.

Vidal negó con la cabeza. Se conocían desde el colegio y siempre se había llevado bien con Sebastián, por eso no podía evitar preocuparse por su amigo. Oyó que unos pasos vacilantes se acercaban por detrás. Con tono dubitativo, Sebastián hizo la pregunta que estaba esperando formular desde bien temprano.

—¿Es él?

—No. Son restos del avión —le contestó Vidal.

—Ah.

Óscar Laucirica, el sobrino del que fuera piloto del caza, miraba la escena de forma expectante, pero también con una expresión que denotaba agotamiento. Una historia que se arrastra durante tanto tiempo en la familia y en una ciudad tan pequeña, al final se convierte en una losa de la que uno desea deshacerse para al fin apartarla del imaginario colectivo.

Vidal vio que el sobrino volvía a unirse al grupo de personas que esperaban el momento tan ansiado en el que los restos óseos de Eduardo Laucirica salieran a la luz.

La excavadora seguía inmersa en la tarea de arrancar los recuerdos que la tierra había guardado con tanto celo. Las nubes parecían querer alinearse con el descubrimiento y dieron una tregua a los presentes al permitir que el sol otoñal les calentara para mitigar la humedad de las marismas.

—Han pasado los años, pero la humedad sigue siendo el gran enemigo de El Prat —dijo Vidal en voz alta.

Sebastián lo miró extrañado. A él la historia le importaba muy poco.

—Vidal, no vayas ahora a darme una clase, por favor.

—Deberías conocer mejor el lugar que te ha visto nacer y crecer.

Negó con la cabeza. Decidió no decir nada, sabía que empezaría una discusión sin tregua. A Vidal siempre le gustaba investigar y saber más; a Sebastián solo le interesaban los deportes. Y a eso se dedicaba: periodista deportivo. Pero un maldito resfriado de Carlos, el de sucesos, la baja de maternidad de Eva y el brazo roto en un accidente de coche de Gerard, habían provocado que le tocara a él cubrir la noticia del caza nazi.

Al cabo de una hora salieron a flote restos del motor y algunas balas de 7,92 milímetros. La excitación de los asistentes aumentaba por minutos, sin embargo, no había ni rastro del piloto.

Sebastián se tapó la nariz ante el olor putrefacto que salía de aquel agujero. A Vidal aquello no le importaba. Intuía que se acercaba el momento esperado. Y, en efecto, la pala de la excavadora no tardó en extraer piezas de hierro de color cobrizo mezcladas con los primeros restos óseos. Los periodistas no tardaron en poner a punto las cámaras para inmortalizar el momento en que Eduardo Laucirica volvía a la superficie. Fotografiaron los huesos y la expresión del sobrino, que se había acercado para verlos mejor.

—Bueno, esto empieza a animarse —comentó Sebastián.

—Sí. Al fin podrá descansar en paz —sentenció Vidal.

—¿Qué demonios hacía aquí un caza nazi?

—Tiene una explicación fácil. Se diseñaron en 1930 y se probaron durante la Guerra Civil española; el Messerschmitt que se hundió en el Prat era uno de ellos. Fue un regalo. En septiembre de 1938, la escuadrilla nazi se presentó con los cazas en el campo de aviación La Sénia para lanzar bombardeos. El mayor Gottaahar Handrick era el comandante de la legión Cóndor alemana en España, que disponía de los aviones Heinkel He 51 y Messerschmitt BF 109. El grupo se marchó de La Sénia en enero de 1939. Ese mismo año, Franco concedió la medalla al mérito militar a

Grabmann por haber alcanzado seis objetivos, y este, en agradecimiento, cedió el avión al Ejército del Aire español. Esa es la razón por la que ese caza estaba en El Prat.

El ruido de la excavadora, que no dejaba de extraer tierra, huesos y hierro volvió a adueñarse del lugar. Se había dispuesto una sábana en el suelo, sobre la que se depositaban los huesos.

Los mosquitos empezaron a revolotear a la búsqueda de la presa que estuviera menos cubierta con ropa de abrigo. Pero ni los insectos ni el frío podrían evitar que Vidal disfrutara de ese momento. Durante años había investigado aquel suceso tan espectacular en el aeropuerto de El Prat. Era su particular búsqueda. Pero había tenido que esperar a que, con la ejecución del plan de ampliación de la tercera pista, se dispusiera de los medios tecnológicos necesarios para la detección de metales. Fue así como se dieron de bruces con lo que parecía ser el lugar exacto del impacto.

Poco a poco fueron desenterrando más proyectiles, el para-caídas y más restos óseos. Se acercó a mirarlos. Por lo poco que sabía de anatomía, pudo identificar unas costillas y el fémur. Desconocía a qué parte del cuerpo correspondían los otros huesos.

—¿Sabes? Me impresiona que todo se conserve tan bien —dijo Sebastián.

—Bueno, la profundidad a la que ha estado enterrado seguramente ayudó. Fue un gran impacto.

—¿Por qué no corrigió la maniobra?

La única persona que tenía la respuesta hacía décadas que había emprendido su viaje a la eternidad.

2

TRAS UN PEQUEÑO descanso en el que aprovecharon para comer, prosiguieron las excavaciones. A las cuatro de la tarde, con un frío intenso y una humedad que se colaba dentro del cuerpo, la expectación era máxima cuando la excavadora depositó en el suelo un gran montón de tierra del que sobresalía un tubo de hierro oxidado. Vidal se quedó asombrado, tenían ante sí la ametralladora. Pero aquel montón de tierra incluía más sorpresas: parte del uniforme, un calcetín, las botas, proyectiles y más huesos del piloto, que parecían de la mano y del brazo.

Con el cielo ya rojizo debido a la temprana puesta de sol de noviembre, las tareas de excavación se dieron por concluidas. El inspector Alberto Serras se acercó a ellos con cierta dificultad debido al terreno irregular y al peso de su gran barriga.

—Señores, creo que es hora de irse.

—Me gustaría tomar algunas fotos más —dijo Sebastián.

—¡Joder, pero si tenemos aquí al periodista chupatintas! —El inspector se giró hacia dos agentes que lo acompañaban, que rieron de forma exagerada ante el comentario—. Está bien, pero no te entretengas, que hace un frío de cojones.

Serras era conocido por su lenguaje y por su gran incompetencia a la hora de dirigir una comisaría, pero su pasado familiar le garantizaba el puesto. El padre, Damián Serras había sido el inspector con más mala fama de El Prat. Involucrado siempre en asuntos oscuros de contrabando, chantajes y abuso de poder, había amasado una gran fortuna y, sobre todo, había conseguido importantes contactos que le habían otorgado una inmunidad

casi diplomática. Y su rasgo de carácter de estar por encima del bien y del mal lo había heredado Alberto Serras.

Sebastián hizo algunas fotos de los últimos restos esparcidos por el suelo. Apretaba con furia el disparador de la cámara, como si con ello pudiera descargar la rabia que sentía. El comentario despectivo del comisario le había alterado el ánimo.

El impacto debió de ser espectacular, pues de la parte más profunda sobresalían algunos huesos pequeños. Le hizo una foto a un amasijo de tela que debía de pertenecer a una parte del uniforme. Era de color rojo. El *flash* se reflejó en un objeto que se mezclaba con la ropa. Parecía una placa de metal, aunque estaba en muy mal estado. Iba a agacharse cuando el inspector se acercó.

—Vale, vale. Ya está. Venga, vamos a llevárnoslo todo y a tapar el puto agujero. —Mientras decía aquello, con la mano derecha empujó por la espalda a Sebastián, invitándole a que se marchara de allí.

Los técnicos del aeropuerto procedieron a colocar en una gran furgoneta el material encontrado. A medida que lo habían extraído, lo habían catalogado en función de si se trataba de restos del avión, ropa u otros objetos no identificados. Los restos óseos se los llevaron al Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses después de que el juez de guardia ordenara el levantamiento.

Vidal se acercó para supervisar que no dañaran nada al colocarlo en la furgoneta.

—¿Dónde lo llevamos?

—Al almacén del Sector Aéreo —indicó Vidal.

Sebastián se acercó a Vidal para preguntarle qué harían con todo aquello.

—Ahora toca un trabajo duro: clasificar las piezas, restaurarlas... Y luego están los restos óseos. Después de que el forense los analice, les darán sepultura.

—Ajá. Interesante. —Sebastián lo anotó todo en un cuaderno que se guardó en la chaqueta—. Voy a ver a Quique, ¿te vienes?

—No, voy a seguirles para comprobar que todo se hace bien. Puedes venir conmigo si quieres y luego te dejo en el centro.

—Vale.

Mientras Vidal conducía, el otro miraba atento por la ventanilla.

—Los ecologistas ponen el grito en el cielo. Temen que el delta se vea afectado por todo lo del aeropuerto —dijo Sebastián.

—No les falta razón.

Vidal lo miró de reojo y vio que se agarraba con fuerza a la manilla de la puerta. Mantenía una postura tensa.

—Antes me preguntaste por qué el piloto no corrigió la trayectoria —dijo Vidal—. Según un testigo de la época, el Messerschmitt era un caza muy fácil de manejar y de gran potencia que no transmitía la sensación de estar al límite. Por lo visto, no temblaba como una lavadora cuando centrifuga. Por tanto, daba cierta falsa seguridad. Supongo que el piloto no debió de pensar que fuera a tanta velocidad al hacer el picado, y cuando quiso darse cuenta, ya era demasiado tarde. Aunque hay ciertas fuentes que dicen que fue un defecto del avión, que se invirtieron los mandos. Ya ves que en todas las épocas hay rumores.

Sebastián miraba abstraído hacia la carretera mientras su amigo le explicaba todo aquello. Tenía el semblante serio. Vidal lo observaba. El pelo rizado algo alborotado y una barba de pocos días que jamás se afeitaba del todo destacaban en su perfil. Seguía en silencio y Vidal sabía por qué: en su interior habían regresado los fantasmas de un antiguo error. Pensar que el piloto no había podido corregir la trayectoria debía de hacerle pensar en él mismo: los errores de otros siempre se reflejan en los propios.

—¿Y cómo va el equipo de fútbol de El Prat? —preguntó en un intento de romper las nubes grises que se cernían sobre la mente de Sebastián.

—¿Eh? Pues de momento le está costando adaptarse a tercera. Y con ganas de dejar ya ese maldito campo de Fondo d'en Peixo.

—¿Ah, sí? ¿Dejará de jugar aquí? —A él no le interesaba el fútbol y por eso desconocía las noticias relacionadas con el deporte, aunque fuera en su propia ciudad.

—Joder, Vidal. Han hecho el campo nuevo en el Sagnier. ¡De césped artificial! No de tierra, que era espantoso. Sé que la mayoría de los viejitos se echan las manos a la cabeza por nostalgia, pero seguro que ganaremos en juego.

—Bueno, pues me alegro.

Llegaron de inmediato a la nave situada entre los campos de cultivo, aparcaron el coche y accedieron a un gran hangar, donde los operarios ya estaban depositando varias piezas en el suelo para empezar a clasificarlas. Sebastián se quedó admirado al ver cómo su amigo daba instrucciones aquí y allá, tomó notas y dibujó piezas. Treinta minutos más tarde, empezó a notar el cansancio de todo el día. Era un agotamiento físico y mental. La historia de aquel piloto que no pudo corregir la trayectoria había reavivado sentimientos adormecidos que ahora tenían ansias de actividad.

La voz de Vidal lo sacó de sus cavilaciones.

—He quedado mañana con tu hermano.

—¿Para qué?

—Jugaremos un partido de frontón.

—Bien. Te va a dar una paliza.

Vidal sonrió.

—Sí, lo sé. —Miró reflexivo a Sebastián. Quería hablar del suceso que tanto lo atormentaba—. ¿Cómo estás?

El otro lo miró con intensidad. En ese momento Vidal advirtió las ojeras que le surcaban el rostro.

—Voy tirando.

—Sebas, callar no va a solucionar nada.

—¿Y hablar, sí? No me jodas y quieras hacer de psicólogo. Dedícate a los aviones, ¿vale?

Si algo destacaba de Vidal era su paciencia. Respiró hondo e intentó hallar una salida a aquel callejón en el que se había metido él solo.

—No pudiste hacer nada.

—No estoy de acuerdo. Podría no haber bebido. Podría no haberlo matado.

«Es el momento de descansar, de dejarlo estar, de no remover más los sentimientos», pensó Vidal.

—Bueno, yo aquí ya he acabado. ¿Te dejó en algún sitio?

—¿Eh? Ah sí, sí. Déjame en L'Artesà.

ERAN LAS SEIS de la tarde cuando Sebastián se bajó del coche. Anduvo hasta el piso de su hermano, situado cerca de correos. Siempre le gustaba caminar por aquella plaza abierta que daba a la carretera de la Marina, ahora con columpios, bancos y pérgolas. Años atrás, cuando era más joven, acudía para jugar partidos de baloncesto a esa misma plaza, donde una inmensa cancha hacía las delicias de los jugadores. Aquel tiempo en el que disfrutaban al máximo de cada minuto, un tiempo sin responsabilidades, un tiempo sin el peso de la culpabilidad. Porque la culpa crece y madura. Nació dentro de él aquella noche y se había ido alimentando día a día de todo lo que lo rodeaba. Se había expandido tanto que y había acabado asolándolo todo.

3

SEBASTIÁN MIRÓ LA pantalla del ordenador con inseguridad. La hoja en blanco del procesador de texto lo apremiaba para que empezara a redactar la noticia.

—Joder, yo no sirvo para escribir estas cosas —murmuró para sí mismo.

Y era cierto. Lo suyo eran los partidos de fútbol, destacar jugadas, opinar sobre la táctica utilizada por el entrenador; el estado de forma de tal jugador, los goles, las condiciones del campo de juego... Pero no hacer una crónica de un caza nazi desenterrado después de sesenta años.

Colocó las manos en el teclado con la única intención de motivar su inspiración.

Además, notaba la mente cansada. La noche anterior se había ido a dormir tarde después de tomar un par de cervezas con su hermano y a pesar de las protestas de su cuñada.

Envidiaba a Quique. Le dolía reconocerlo, pero era así. Más alto, musculoso, casado con Inés, informático y, sobre todo, una persona equilibrada y responsable.

Había sido una noche agradable, tan solo manchada por un momento de tensión entre ambos al hablar de su madre, Valentina. Llevaba ya dos años en una residencia, apagándose por culpa de un monstruo llamado Alzheimer que le estaba devorando los recuerdos, la personalidad y la dignidad. Quique le había echado en cara que no la visitara a menudo y que no hubiera quedado con él para limpiar el piso.

—Sebas, no volveremos allí. Ese piso ya no es nuestra casa.

—Siempre lo será. —La voz se le quebró y tuvo que desviar la mirada para que no se le notaran los ojos vidriosos. Era un nostálgico, lo reconocía, y eso hacía que el mero hecho de perder la casa de su infancia le creara un fuerte dolor en el corazón.

—Es posible, pero ni mamá ni tú ni yo volveremos a vivir allí. Hay que vaciarla y decidir qué hacemos con ella.

Sebastián dio un trago a su vaso. Notaba la garganta agarrotada. Sabía que su hermano tenía razón, pero le costaba desahacerse del lugar donde se había criado. En eso era más sentimental que Quique.

—Es un gasto que no puedo asumir, Sebastián.

—¿Estás insinuando algo?

Incapaz de controlarse, mantuvo una mirada desafiante frente a Quique, una reacción que su hermano conocía bien, por lo que este adoptó el tono más conciliador que pudo.

—No, jamás te he dicho nada. Sé muy bien que el periódico no te da para mucho y por eso decidí pagar la hipoteca de la casa de papá y mamá, pero se me acumulan los gastos y...

—Está bien, está bien. —No pudo evitar un tono agresivo, no tanto hacia su hermano, sino hacia sí mismo por no haber ayudado en nada durante ese tiempo—. Ya te diré un día de estos.

—Bien. ¿Y mamá?

—¿Qué pasa?

De nuevo, a la defensiva. Sebastián reaccionó como un resorte a la pregunta de Quique. ¿Era la noche de los reproches? ¿Su hermano se lo había guardado para vomitarle después todo aquello?

—¿Irás a verla?

—Sí, claro, pero ya sabes que el fin de semana tengo que seguir todos los partidos y...

—Busca un hueco, por favor.

Sebastián se frotó los ojos ante la luz de la pantalla del ordenador. ¿Era un mal hijo por no visitar más a menudo a su madre? Por mucho que quisiera enfadarse con Quique, no podía. Él era el más cabal de los dos y quien había tomado las riendas de la familia. Aunque lo irritase que de vez en cuando le sacara el

tema, reconocía que estaba justificado. Seguro que él, en su lugar, también lo habría acusado de no hacer nada.

Abrió la libreta donde había anotado las respuestas de la entrevista que le había hecho a primera hora de la mañana a Rodrigo Martínez, un aviador veterano que había coincidido con Eduardo Laucirica. Vidal le había facilitado los datos para echarle una mano, pues veía que aquel tema lo estaba superando un poco. Con ochenta y cinco años a sus espaldas, Rodrigo tenía la mente muy clara y le había proporcionado respuestas muy interesantes, pero ahora él no sabía cómo hacer un buen uso.

Había quedado con el anciano en su vivienda, ubicada en la calle Jaume Casanovas. Una casa de dos plantas con múltiples referencias a la aviación: objetos de lo más diverso, maquetas de aviones, fotos de Rodrigo de joven pilotando... Fue una mañana muy fructífera, aquel hombre le había proporcionado información sobre Eduardo Laucirica y también sobre las características del caza que manejaba.

Ante la impotencia de no poder escribir nada, decidió llamar a Vidal al taller. Le respondió un chico que lo hizo esperar unos segundos antes de oír la voz de su amigo.

—¿Cómo van los restos?

—Bien, el material se ha conservado muy bien.

—¿Ah, sí? Pues yo solo vi trozos de hierro oxidado.

—No sé por qué tuviste que ir tú, la verdad —le contestó en un tono irónico, pero con todo el cariño que le profesaba.

Los dos se rieron. Sebastián se sentía bien con Vidal. Después de su hermano, era quien mejor lo conocía, incluso le había hecho confesiones sobre las que no había sido capaz de hablar con su hermano. Pero lo más importante es que con él se sentía con ánimo de bromear, de recuperar la sonrisa. Le ofrecía una protección que parecía amedrentar a los fantasmas de Sebastián.

—Quien debía cubrir la noticia no podía y yo era el único libre, ya lo sabes. Y sí, es una desgracia. Oye, dime qué se ha recuperado.

—Espera.

Oyó que Vidal dejaba el teléfono y se alejaba al tiempo que le pedía algo a un compañero. A continuación escuchó que su amigo volvía a coger el teléfono.

—A ver si lo encuentro. Aquí. Vamos a ver: trozos del motor, fragmentos del tren de aterrizaje, el paracaídas, que, por cierto, está en perfectas condiciones; una placa de identificación, que supongo era del piloto. Y lo más impresionante: la ametralladora con quinientos proyectiles.

—Vaya. ¿Y los restos del piloto? —preguntó Sebastián, a sabiendas de que aquello era lo que más morbo generaría en los lectores. Aunque enumerara todos los detalles técnicos del avión, al final, lo que la memoria retendría sería todo lo relativo a los huesos.

—Te digo lo que han identificado los del Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses: dos costillas, un radio, un húmero, un fémur y huesecillos del pie que estaban en un calcetín. También el uniforme y las botas. Falta que analicen el ADN y certifiquen que se trata de los restos de Eduardo Laucirica. Contrastarán los resultados con las muestras que le tomaron a su sobrino, Óscar. Nos han dicho que en unas tres semanas tendrán los resultados —contestó Vidal algo irritado. Aquel intervalo de tiempo le parecía excesivo.

—¿Os los enviarán a vosotros? —preguntó Sebastián extrañado. No es que fuera un entendido en protocolos forenses, pero le extrañaba que se los hicieran llegar a su amigo.

—Bueno, una copia. En realidad, quien lo recibirá es el juez de El Prat, pero le he pedido a la persona con la que he hablado, un tal Jacob, que me haga llegar una copia. Le he explicado que me encargo de la restauración de los restos del avión y que me gustaría tener toda la documentación del caso. Me ha dicho que no debería, pero que, ya que se trata de un hecho ocurrido hace sesenta y dos años, no ve problema.

—Pero ¿eso es posible?

Mientras le hacía la pregunta, Sebastián apuntó en su cuaderno «Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses», junto al nombre de la persona de contacto.

—Sí, claro. Piensa que no está bajo secreto de sumario. Sería diferente si fueran huesos relacionados con un homicidio, donde haría falta una orden judicial.

—Vale, vale, te veo muy puesto.

Sebastián tomó nota de todo lo inventariado y decidió que ya tenía una base para redactar el artículo que se publicaría al día siguiente. Se despidió de Vidal y empezó a teclear con rapidez y seguridad. Notó que las palabras y las frases fluían con facilidad y que, poco a poco, el texto iba tomando forma. Con los datos que le había dado su amigo y los obtenidos en la entrevista a Rodrigo, su mente empezó a encajar las piezas del puzzle.

En menos de una hora ya había acabado de redactar la noticia. La leyó y sonrió, satisfecho con el resultado.

LLOVÍA LIGERAMENTE AL salir de la redacción. Le gustaban los días lluviosos. Decidió pasear por la avenida de la Verge de Montserrat, dejando que el agua le cayera sobre la capucha. «La lluvia son los días soleados de los melancólicos», pensó Sebastián. Se sentía a gusto y no le importaba mojarse. Pero no siempre había sido así.

¿Puede un segundo transformar a una persona?

Sí. Todo puede cambiar en un instante.

Mientras andaba, pensó en el título que le había puesto al artículo. Como una pelota de frontón, la carga emotiva rebotaba sobre él. «El pasado nunca nos olvida.» Y era cierto. Por mucho que uno intentara tapanlo, esconderlo, camuflarlo, el pasado siempre estaba ahí.

El título del artículo se lo recordaba: el pasado nunca nos olvida, y es así como nos encadena.